luz de los brillantes de su sortija: pocos se fijan en el estado de abatimiento de la hermosa dama, toda la atención la absorbe el P. Luis: su elocuencia es arrebatadora. Habló de la Soledad de María y las conmovedoras y brillantes imágenes que le arrancan aquel supremo dolor brotan de sus labios con esa fácil palabra que parece privilegio de los hijos del Mediodía; su oración tiene pasajes escultóricos; no habla, pinta, reproduce con maravillosa fidelidad las amarguras de la Madre de Dios. ¿Cómo habló de la Soledad el P. Luis? Como debió sentirla María después de la sangrienta dolorosa tragedia del Gólgota; como debió sentirla su alma viuda aquella triste noche que al dar su adiós al mundo buscó amparo y resignación á la sombra consoladora de la cruz. Y los tiernos pasajes del insigne orador con tal violencia penetraban en el corazón de Matilde que temía que sus quejas la delataran; que en aquel supremo instante revelara que era ella la causa de su desdicha, de su desamparo, de su soledad.

La incomparable oración termina, y las damas que ocupan los petitorios se dirigen al pie del púlpito para ser las primeras en besar la mano del sublime predicador. Matilde baja su velo por temor de ser conocida y el P. Luis cruza por entre una fila de beldades que besan su mano respetuosamente. Matilde se acerca temblorosa al Padre, una lágrima se escapa de sus ojos y humedece la mano del que fué su primer y único amor; su hija llega á los pies del Reverendo y contempla con éxtasis al que consideraba santo: el padre la mira, su palidez aumenta y sus ojos vierten lágrimas que en vano pugna para dominar.

—¡Matilde! ¡Matilde!—exclamó como el Patrarca cuando vió ante él la imagen adorada de su Laura.

La niña lo contempla con algo de respetuoso pavor y al besar su mano sus labios se estremecen al contacto de frío mortal. Refugíase temblorosa al lado de su madre.—¡Oh madre! es santo—la dice con inefable transporte—Me ha llamado por mi nombre; él tan bueno y virtuoso llora. ¿Porque lloran los santos madre mía?

Matilde besó la frente de su hija y quedo, muy quedo la contestó.

—Sé siempre buena, mi Matilde, que la que de niña deja de serlo, de mujer hace llorar á los santos.

ANTONIA OPISSO.

LOS GRANDES POEMAS

AL entrar en un salón
muy rico y muy elegante

vi en bella encuadernación.
un *Milton* cerca de un *Dante*.

Y dije al dueño: «Obra así;
nunca mis censuras temas,
si con preferencia aquí
guardas esos grandes poemas.»

Y contestó: «No es alarde
de sabio, que yo los tenga;
sino que mientras me aguarde
el que á visitarme venga,

pueda esos libros hojear
y entretenerse á lo ménos
en mirar y remirar
esos dibujos tan buenos.»

¡He aquí el destino funesto
del poema más inspirado!
¡estar ricamente espuesto
solo para ser hojeado!

J. M. F.

UNA CIUDAD DE ARTISTAS

4.600 AÑOS ANTES DE NUESTRA ERA

LAS relaciones bíblicas son meros juegos infantiles en comparación de los trabajos que la moderna ciencia realiza.

Los estudios arqueológicos y las notables escavaciones que en todas las partes del mundo se ejecutan, vienen á descorder el velo que encubría la cuna de la civilización humana, y nos dan curiosos y brillantes pormenores sobre la situación y las costumbres de pueblos cuya memoria se hallaba casi desvanecida por completo.

La Asiria es una de estas civilizaciones que hoy se reconstruyen fácilmente, merced á los incansables trabajos de M. Sarzec en las significativas ruinas de las ciudades de aquel remoto imperio.

No es una ciudad romana del primer siglo de nuestra era, como Pompeya, no; es una ciudad de los tiempos fabulosos la que ha reconstruido, por decirlo así, M. de Sarzec, y cuyos notables monumentos ha trasportado al Museo del Louvre. ¡Qué asombroso descubrimiento es el de esa ciudad de Sirpurla, cuya vida se ha desarrollado á poca distancia del sitio en que las aguas del Eufrates se mezclan con las del Tigris!

Desde el primer trabajo de escavación realizado por M. Sarzec, se conoció por las estatuas desenterradas que aquellas ruinas habían sido, muchos siglos atrás, una pequeña ciudad artística como

la de Atenas. Las uñas de los pies, tan finas y con tanta realidad esculpidas, las admirables rotundidades de los torsos, anunciaban que en remotísimas edades había existido allí un pueblo dedicado á los primores del arte. ¿Cómo no habían de producir admiración aquellos escultores que tallaban en la más dura de las piedras formas tan acabadas y bellas?

Después del descubrimiento material de la ciudad, convenía hacer su descubrimiento científico. Una vez puestas de nuevo á la luz del día aquellas estatuas y aquellas piedras cuajadas de inscripciones, era necesario proceder á su interpretación descifrando con certeza los misteriosos signos.

La palabra escrita revela aún mejor que los monumentos artísticos la idea dominante en las sociedades antiguas. M. Oppert, el más notable de los asiriólogos, emprendió ese trabajo. Multitud de alumnos han estudiado en los cursos de la escuela del Louvre las inscripciones asirias. Y por último, M. Henzey ha publicado curiosos pormenores respecto de la parte arqueológica del Museo del Louvre.

Expongamos á la consideración de nuestros lectores el resultado de tales estudios.

La ciudad de Sirpurla hallábase habitada por una población que era semítica y que hablaba una lengua que llamaremos sumeriana. Los caracteres con que escribía eran los mismos que usaron después los asirios semitas, y que ahora son conocidos con el nombre de cuneiformes.

Sirpurla tuvo en sus orígenes una serie dilatada de reyes. La historia de los comienzos notables de esa ciudad pueden figurarse de un modo seguro. Allá por los años 4600, antes de nuestra era, reinaban en Sirpurla Haldú y su hijo Ur-Nina. En dicha época se nota ya una mitología perfectamente desenvuelta y un sistema de escribir ajeno á la ideografía pura.

¿Cuántos siglos de pensamiento han debido trascurrir antes de llegar á semejante estado? Surge ante esta cuestión, evidentemente, algo superior á los más fantásticos ensueños. La civilización á que nos referimos debió de remontarse á unos nueve ó diez mil años antes de la era cristiana.

En los primitivos tiempos históricos, esto es, 4600 años de Jesucristo, la poesía, con sus reglas particulares, alcanzaba ya en Sirpurla un notable florecimiento. El último rey no satisfacía su ambición fundando templos solamente, sino que además cifraba su gloria en ser el poeta y el liturgista de las divinidades, en fijar los días de los panegíricos y en componer por sí propio los salmos en honor de Papsukal y de la máxima diosa.

Poesía y religión: hé ahí lo que se encuentra en la infancia de los pueblos y lo que aparece igualmente en los bajos relieves arcaicos de Sirpurla.

¡ Hermosa y encantadora ciudad de artistas, donde sé entonan cánticos á la vez que se esculpen estatuas y se levantan edificios monumentales!

* *

A pesar de tales muestras de celo piadoso, de tantas adoraciones y de aquella multitud de templos, las gentes de Sumir constituían realmente una población de ateos. La concepción del mundo, según se vé en algunas piedras que se conservan, es la siguiente: «Al principio fué el caos, abismo generador agitado por un viento sin reposo y balanceado por un huracan eterno. Las cosas se organizan y los dioses nacen.»

Así, pues, las divinidades, cuya gloria cantan, no son otra cosa que las fuerzas organizadoras de la naturaleza. Indudablemente aquel pueblo se salía muchas veces de la primera nación del mundo que sus antepasados le habían legado. Nación de artistas, es decir, de seres primitivos, atribuían estos á sus dioses una inteligencia y una voluntad particulares. Imaginaban en sus fantásticos ensueños que las familias divinas moraban en la altura, más allá de los astros, ó en lo profundo de los abismos, con semejanza absolutamente igual á las familias humanas y formadas, como estas, de tres elementos esenciales: el padre, la madre y el hijo. Sus dioses, en efecto, se presentan siempre constituidos en trinidades.

Durante la omnipotencia de los reyes, allá por los años 4600 ó 4500, se desarrollaron todos esos sueños, todo ese prodigioso esfuerzo de pensamiento, todo ese florecimiento de arte y poesía.

¿Por qué, pues, veían algunas veces turbados sus ensueños aquellos arquitectos, aquellos escultores, aquellos escribas? De tiempo en tiempo el invasor pasaba. Entonces había que rechazar á los sitiadores, y el suelo quedaba sembrado de cabezas separadas del tronco, que eran arrebatadas luego por los buitres.

Dos bajos relieves arcaicos reproducen estas escenas de sangrienta carnicería. Pasados estos períodos de lucha, la pequeña Atenas sumeriana proseguía la obra interrumpida de su embellecimiento.

¿Perdió la ciudad su independencia, ó acaso sus principales, más religiosos cada vez, cambiaron su título de reyes por otros que indicara mejor su dependencia de la divinidad? No lo sabemos á ciencia cierta. Lo que sí puede afirmarse es que desde el año 4000 los soberanos de Sirpurla no se llamaban reyes, sino *patesis* ó gobernadores.

El sentir de la antigua época de Haldú y de Ur-Nina no hizo más que desarrollarse poco á

poco en la pequeña ciudad, hasta que, próximamente en el año 3000 de nuestra Era, siendo *patesi* Gudea, llegó á su completo perfeccionamiento.

Por esto, del mismo modo que existen el siglo de Pericles y el siglo de Augusto existe también en la historia del arte el siglo de Gudea.

No puede imaginarse nada tan magnífico como lo que nos revelan acerca de esta época los monumentos de la colección Sarzec. En aquel reducido rincón de la tierra no se oían más que el ruido de las herramientas que labraban delicadamente las piedras y los acordes del arpa cuyas cuerdas herían los dedos de las mujeres.

Arquitecto y escultor, manejando alternativamente el marco y el cincel, el *patesi* Gudea, dirigía, según parece, por sí mismo, toda aquella obra de arte. ¡Que historia tan singular la suya! Abandonado en la primera niñez por sus padres, fué recogido por un anciano llamado Dunzi, y educado en las dependencias del palacio real de Ur.

Allí, ya crecido, se le encargó la guarda de los rebaños.—«Fué pastor, nos dice en su gran cilindro. Un día, el intendente que vigilaba sobre nosotros, sacó mi horóscopo en estos términos: No hay inteligencia como la del pastor Gudea; yo soy grande, pero él me excederá. Y en efecto, llegué á realizar su profecía.»

Con encantadora sencillez, declara que arribó á los altos destinos vaticinados por el intendente del rey, construyendo y ornamentando edificios.

¿Dónde se encontrará entre los pueblos de hoy un sentimiento tan delicado de lo que constituye la verdadera grandeza?

En el pasaje citado, aparecen ya como en germen las dos hermosas leyendas de Josef y Moisés.

Los hebreos y los fenicios detenidos en su sencilla infancia sobre los bordes del Eufrates por la civilización sumeriana, la aceptan y se nutren de ella, para llevar en seguida á las playas del mar de Oeste, á Sidon, á Tiro y á la tierra de Chanaan, los dioses y las costumbres de Sumir, así como las bellas tradiciones oídas en la cuna.

Pertenece y se refieren á la antigua civilización las primeras páginas del Génesis.

En los textos viejísimos de la colección Sarzec, he hallado hasta el nombre del Dios particular de Israel, *Javhé* del cual hasta ahora se había buscado inútilmente la etimología.

Existía, en efecto, en los tiempos más remotos un *Javhé* sumeriano, un dios *que es*.

¡Cuán conocida es hoy de los arisiólogos esa bien amada civilización humana con su encantadora ciudad de Sirpurla, risueñamente asentada en las orillas del Eufrates!

En el desierto de la vida moderna, en medio de la universal aridez y de las prosáicas realidades que nos envuelven, es agradable reconstruir mentalmente esa civilización antigua inundada por los frescos y sonoros manantiales del arte y de la poesía.

Al igual de su hermana griega, la hermana Atenas de las orillas del Eufrates, merece causar las eternas delicias de todos los que conceden gran importancia á los deleites de la fantasía y de la belleza.

X.

SEÑAS MORTALES

UN mal pintor retrató
Al violinista Garrido,
Y por mas que se esmeró
El retrato resultó
Sin pizca de parecido.

Un hijo del retratado,
Que es un tonto rematado
Como no ha habido ni habrá,
Miró el cuadro y de contado
Exclamó:—¡Ese es mi papá!

El pintor se puso engreído,
Pero el padre enfurecido
Preguntó á su benjamín:
—¿En que, di, lo has conocido?—
Y contestó:—¡En el violín!

CARLOS CANO.

NOTAS É IMPRESIONES

Que la llama no se burle de la chispa, porque de chispas está compuesta la llama.

No creas que la vida sea un tejido de glorias y placeres. Si existe alguna dicha, cuesta tantas penas, que no vale la pena que aquella exista.

La ley de la compensación me ha enseñado que todos somos igualmente felices é igualmente desgraciados.

Aprovecha las dichas sin perseguirla demasiado. Cuanto menos las persigas, mas se acercarán á tí.

NOMEN.